

¿Qué hay para comer?

- Mamá, ¿qué hay para comer?
- Hoy tenemos verduras, y después pescado.
- ¡Puaf! No me gusta nada mamá, ¡Yo quiero macarrones!
- Tú siempre comerías macarrones, al final te va a pasar como a Alex.
- ¿Y qué le pasó a Alex?
- ¿No lo sabes? Pues escucha y verás.

Alex era un niño muy majo, que le gustaba ir al colegio, tenía muchos amigos, y siempre estaba alegre, pero tenía un defecto, que era que no le gustaba lo que tenía para comer. Si por él fuera sólo comería chocolate, y todo lo relacionado con él.

Un día a la salida del colegio, iba pensando en lo que su madre le había preparado para merendar.

- Seguro que hay bocadillo de chorizo, con lo a gusto que me comería un bollo de chocolate, y tenía tanta rabia que le dio una patada a una lata, y... ¿sabes lo que había dentro de la lata? Un duendecillo.

Al instante, el duende salió dando tumbos de la lata y le dijo al niño:

- ¿Se puede saber qué te pasa? ¡Vaya golpe que me has dado!

Alex, se quedó petrificado. No sabía qué decir, porque nunca había visto un duende de verdad. Él pensaba que estos sólo existían en los cuentos.

Cuando recobró el habla, le contó lo que pasaba.

- ¡Así que a tí sólo te gusta el chocolate! Eso tiene fácil solución. A partir de ahora, toda la comida que te pongan, en el momento en que la toques, se convertirá en chocolate. ¿Qué te parece?
- ¡Genial! Así no tendré que pelearme con mi madre a la hora de las comidas, ella me pondrá la comida que quiera, y yo siempre comeré chocolate. ¡Qué bien! Muchas gracias señor duende.

Alex se alejó corriendo, y así fue. En cuanto llegó a su casa, su madre le tenía preparado un bocadillo de salchichón. Nada más cogerlo con sus manos, se convirtió en un bocadillo de chocolate, y se lo comió en dos bocados.

Su madre no podía imaginar nada de lo que estaba pasando. Se quedó maravillada.

Fueron pasando los días, y Alex siempre comía lo mismo, chocolate. Por la mañana su madre le ponía un vaso de leche, y Alex se tomaba un vaso de chocolate desecho.

Al medio día, tocaba lentejas, y Alex comía trocitos de chocolate negra bañados en chocolate blando. Los plátanos eran barritas de chocolate, y así... toda la comida.

Al principio Alex estaba contentísimo, comía aquello que más le gustaba, pero a medida que pasaba el tiempo, empezó a cansarse de comer siempre lo mismo. Ya no se acordaba de cómo sabían otras cosas, y empezaba a echar de menos algunos sabores, como el de los macarrones, las patatas fritas, incluso la verdura y el pescado. Cuando veía a algún amigo suyo comiendo un bocadillo de jamón, se le hacía la boca agua, y él se tenía que comer su ración de chocolate. Poco a poco, empezó a estar más serio. No atendía en clase, ni tenía ganas de jugar. Un día, su madre, para animarlo, le dio para merendar un tremendo bocadillo de chocolate, y cuando él lo vio, el pobre casi se echa a llorar. Ya no podía más.

Una tarde, a la salida del colegio, se fue otra vez al callejón donde había visto al duendecillo, y empezó a llamarlo a gritos.

- ¿Qué pasa, qué pasa?, - el duende le contestó frotándose los ojos.
- ¡Duende! Tienes que ayudarme, estoy harto de comer siempre lo mismo, quiero comer otras cosas. Por favor ¡ayúdame!
- ¡Ah! ¡Al fin te has dado cuenta! ¿Ves cómo tu madre no quería fastidiarte? Hay que comer de todo, y no sólo lo que más nos gusta.
- Ahora lo sé, y por eso te pido por favor que me vuelvas a dejar como era antes. Te prometo que comerá de todo, y nunca más volveré a quejarme de la comida.
- Está bien, está bien. No te preocupes, que a partir de este momento, serás el niño que eras antes, comerás lo que te pongan y no lo que te gustaría comer, y espero que te sirva de lección, y ahora, déjame dormir que estaba muy a gusto en este bote. Adiós.

Alex se fue corriendo y cuando llegó a casa, le esperaba... ¡un bocata enorme de salchichón! Lo devoró y le supo a

gloria. A partir de aquel momento, nunca más volvió a quejarse de la comida. Es más, hasta le pedía a su madre que le pusiera cocido o lentejas, comida que antes ni la miraba, y ahora:

- Pequeño, ¿te vas a comer las verduras?

- Claro que sí mamá, pero ¿mañana me pondrás macarrones?

- Claro que sí.

Y colorín colorado este cuento se ha acabado.